

tiene nada, como usted mismo cree, aunque no me lo confiese; sino como revelación del alma más noble y generosa que ha encarnado en cuerpo humano.

— ¡Qué entusiasmos, hombre!... No parece sino que todos...

— Es justicia, señor don Alejandro, créalo usted; y porque viene á pelo.

— De todas maneras; yo tengo mis compromisos con mi hermana desde muchos años hace, y su hijo viene á España confiado en la seriedad de ellos.

— ¿Se habían formado esos compromisos con el consentimiento de Nieves?

— Siempre estuve en cuenta de que sí; pero al oirla á ella ahora, resulta que no.

— ¿Y es posible que usted, el mejor de los padres y el más caballero de los hombres... (sin asomo de lisonja, señor don Alejandro) sea capaz de conceder más importancia á esos compromisos, mal contraídos, que á las repugnancias de Nieves á sancionarlos? ¿Quién, que le conozca á usted como yo, ha de creerlo?

— Nadie, ¡canástoles! nadie; porque yo tampoco lo creo; pero ¿por qué, con planes

ó sin ellos, se me ha atravesado este estorbo aquí? ¿Por qué no han ido las cosas por sus pasos contados?

— Y ¿qué más contados los quería usted, don Alejandro? Se han hallado sin buscarse; se han tratado sin pretenderlo; se han entendido sin explicarse... ¡Si hasta parece providencial, hombre! créalo usted.

— No me refería yo á esos trámites ni á ese asunto, sino á que el otro, si no cuajaba, se hubiera deshecho aquí por la buena y de común acuerdo, sin la menor alteración en nuestra vida y costumbres. Eso quería yo, y no esta inesperada complicación que lo echa todo patas arriba. Porque no hay que soñar en arrancarla la idea: la tiene arraigada en lo más hondo; la coge en cuerpo y alma. ¡Y tratándose de un carácter como el suyo, tan entero, tan equilibrado y firme!... ¿Quién demonios había de pensar que la diera por ahí?

— Pero, hombre, cualquiera que le oyera á usted pensaría que Nieves había puesto sus ojos en algún foragido... ¡Caramba! déle usted á Leto el caudal del mejicano, y á ver si hay mejor acomodo que él para una

chica soltera, en todo el orbe conocido...
¡Y como usted es pobre, gracias á Dios!...

— No es eso, señor don Claudio, precisamente... Mire usted: por de pronto, es una niña todavía...

— Así y todo, estaba usted dispuesto á que se la llevara su primo.

— O no se la llevaría, señor don Claudio, aun suponiendo que mis planes hubieran prosperado; porque entre acordarlo y realizarlo, puede haber otra vuelta á Méjico, que no está á la puerta de casa; y con unas dilaciones y con otras y tan separados los dos, un año se pasa pronto; mientras que este otro lío no da aguante...

— ¿Tanta prisa tiene ella, don Alejandro?

— Ninguna: por su gusto, á lo que yo la entiendo, se pasaría toda la vida como ahora... y lo creo; pero ¿cómo deja usted las cosas así y en continuo trato los dos?...

— Ciertamente...

— Pues vuelvo á lo dicho: es una niña todavía... ¡y decir á Dios que al primer vuelo... del nido á la rama, como si dijéramos... ¡zas!

— ¿Y qué, cayendo, como cae, en blando? ¿Está usted seguro de que al tercero ó cuarto... ó vigésimo vuelo, después de metida en las espesuras del mundo, y con más años y más apetitos encima, hubiera caído mejor?

— Además, hombre, ¡qué canástoles! cuando yo empezaba á recrearme en ella, recién educada con tantas precauciones y tantos cuidados...

— ¿Y, por ventura, se la roban á usted de casa para llevársela por esos mundos afuera... á Méjico, verbigracia, donde no la vuelva á ver en muchos años... ó nunca quizá? Si hasta por ese lado sale usted ganando en la nueva jugada; pues lejos de quedarse sin la única hija que tiene, adquiere otro hijo más, que le acompañe y le quiera y le venera... ¡Ah, caramba, si yo me viera en pellejo de usted! (cuántas veces me lo he dicho y se lo hubiera dicho á usted autorizado para ello, como ahora lo estoy, desde que sigo de cerca este pleito y he estudiado los autos con interés); ¡si me viera yo en su pellejo!...

— ¿Qué haría usted en ese caso?

— Pues haría... ¡qué demonio! lo mismo que va usted hacer, sólo que yo lo hubiera hecho desde que noté el primer síntoma de eso que usted llama enfermedad de su hija.

— Pero, hombre, si, por errarla en todo desde que llegué á Peleches, tan atiborrado de ilusiones, hasta me ha fallado la máxima que yo consideraba infalible.

— ¿Qué máxima?

— Aquella de los aires puros... ¡Lo que yo la he ventoleado!

— Vamos, señor don Alejandro: hoy no da usted pie con bola, y todo lo mira del revés. ¡Decir que le ha fallado la máxima cuando acaba de cumplírsele al pie de la letra! ¿Qué pensamientos más nobles ni mejor colocados quiere usted en una mujer, que los que han infundido en Nieves los aires de Villavieja?

— Pero no son los que traía de Sevilla.

— Prendidos con alfileres, y no tan buenos; luego aquí han mejorado y echado raíces. Si no tiene escape, don Alejandro; y aunque le tuviera ¡voto al draque! por el bienestar de una hija se tragan bombas con espoleta, cuanto más insignificancias como

la de la máxima esa, que no es artículo de fe, y menos entre cristianos... Y dígame ahora con toda franqueza y hablando en perfecta seriedad, ¿desde cuándo siente usted esas tentaciones tan fuertes de transigir?... Porque anoche estaba usted duro como una peña.

— Desde anoche mismo; desde que oí al pobre don Adrián. La compasión que por él sentí y ¿á qué negarlo? lo que de él aprendí oyéndole, me despejaron mucho los nubladados de mi cabeza, y pude así ver y estimar las cosas con mayor serenidad. Después, la verdad sea dicha, el acto de su hijo, referido por Nieves esta mañana; las reflexiones á que esto me ha traído, ¡tan hondas, tan complejas!... En fin, hombre, ¿á qué canástoles hemos de andar en más pame-mas?: le aseguro á usted que si no fuera por la contrariedad del arrastrado compromiso viejo y el temor de que mi pobre hermana Lucrecia, á quien ya no le cabe en la piel de puro gorda que está, estalle con el disgusto...

— Eso, señor don Alejandro, es llevar los escrúpulos á lo increíble; y, si usted un

poco me apura, hasta meterse en los desig-
nios de Dios... Demos de lado esos óbices
nimios ó pecaminosos; y dígame, tomando
las cosas donde las circunstancias y la vo-
luntad de Dios, sin duda alguna, las han
puesto, ¿conoce Nieves esas buenas disposi-
ciones de usted?

— Conocerlas, así como suena, no; pero
contar con ellas, de fijo. ¡Pues es tonta la
niña, y no me tiene bien estudiado que
digamos!... Y ¿qué tal cara pondrá el
otro?...

— ¿El de Méjico?

— No, el de acá.

— ¡El de acá! ¡Leto?... Mi señor don
Alejandro, ¿puede usted imaginarse la cara
que pondrá un santo al entrar en la Gloria
eterna? Pues, en la proporción debida entre
lo celestial y lo más noble de lo terreno,
esa cara será la que ponga el hijo de don
Adrián cuando sepa que los montes se le
allanan...

— Y don Adrián, ya que usted le men-
ciona, ¿cómo lo tomará?

— Ese debe darle á usted más miedo en
este caso que doña Lucrecia. Si lo toma á la

altura de lo que le quiere á usted y admira
á Nieves, ¡pobres de nosotros! Pero tam-
poco en este reparo debemos detenernos: la
muerte por hartazgo de felicidad, es envi-
diable.

— ¿Le parece á usted que solemnice las
pases con ellos comiendo juntos aquí?

— Antes con antes.

— Mañana mismo.

— Yo empezaría con unos preliminares
esta misma noche.

— No, señor: esta noche, y aun esta
tarde, las necesito yo para negociar con
Nieves y ponernos de cabal acuerdo los dos.

— Me parece bien; pero de todas mane-
ras, yo reclamo para mí el altísimo honor
y el regalado deleite de ser en la botica el
mensajero de tan buena nueva. ¡Se las he
dado tan amargas á los dos excelentes ami-
gos en estos últimos días!...

— Concedido con toda el alma.

— Pues sélleme usted las credenciales
con un apretón de manos.

— Ahí va la mía, y el corazón con ella.

— Un abrazo además.

— ¡Y bien apretado, canástoles!... y

otro para cada uno de ellos, á buena cuenta.

— Serán fiel y honradamente transmitidos... Esto engorda, señor don Alejandro...

— Sí, señor don Claudio; y Dios le pague á usted la parte que le alcanza en este bien que recibo. ¡Qué días éstos pasados! ¡qué noches!...



— ¡Quién piensa ya en esas bagatelas? Ahora, usted á volver la vida á la pobre Nieves; y yo á la botica con la buena nueva. Quisiera tener alas para llegar de un vuelo desde aquí.

— Aguarde usted un instante... Entérese de esa carta que tengo en el bolsillo desde ayer tarde: la que armó la tempestad.

— « Nacho... » ¡Hola! ¿Del sobrinito, eh?... ¡Demonio!... ¡demonio! Este « buen origen » es Rufita González... Sí... justo...

la misma... Vamos, tal para cual... Pero, hombre, ¿tenía usted en su poder este comprobante y dudaba todavía?...

— ¿Qué juicio forma usted de todo eso, señor don Claudio?

— ¿No acaba usted de oirme?... ¿O pretende que se le dé por escrito? Pues aguarde usted un poco.

Sentóse don Claudio Fuertes delante del pupitre; cogió pluma y papel, y escribió en un credo algunos renglones que leyó después á don Alejandro Bermúdez, y decían así:

« Mi querido sobrino: Por las sospechas que apuntas en tu carta del tantos, es posible que te convenga mejor que el hospedaje que en esta casa tenías y tienes á tu disposición, el que te reserva en la suya la persona que te fué con la noticia que ha dado origen á tus temores, si es que persistes en tu propósito de venir á Villavieja; pues pudieras haber variado de parecer después de considerar que no tienes derecho alguno ni autoridad suficiente para hacerme la pregunta y las reflexiones que

me haces en tu mencionada carta. Tu tío, etc...»

— ¡De perlas, amigo don Claudio, de perlas!—dijo don Alejandro recogiendo el papel de manos del comandante.—Me alivia usted de un trabajo engorrosísimo. Al pie de la letra lo copio, y va esta misma noche al correo.

— Si quiere usted que se recargue un poquito la suerte,—respondió don Claudio muy serio,—pida con franqueza.

— Me parece que sobra con esto. Al buen entendedor...

— Pues entonces me largo á escape... Conque ¿hasta la noche, don Alejandro?

— Hombre, me parece bien la idea: vuélvase, solo por supuesto, un ratito esta noche para darme cuenta del resultado de sus primeras negociaciones.

— Sí, señor, y para saludar á Nieves de paso... ¡Caramba! que también yo soy hijo de Dios.

Se fué el comandante y se quedó Bermúdez en su gabinete un buen rato, palpándose el tronco, atusándose el cabello á dos

manos, tomando alientos y moviéndose á un lado y á otro; hasta que se detuvo y dijo, volviendo á llevarse las manos á la cabeza:

— Pues, señor... ¡á ello, y que Dios lo bendiga!

Y salió del gabinete.

Polanco, Julio de 1890.

